



NUEVA Y DIVERTIDA RELACIÓN
TITULADA
LA ESCUELA DE LOS CORTIJOS

Supuesto que me han rogado
que diga una relación
la diré con mucho gusto;
primero pido atención.
Voy á contar una historia
que á mí mismo me pasó:
cuando yo era pequeñuelo
mi padre fué y me agarró
y me puso en el colegio
del cortijo del Torrejón,
para enseñarme á leer
con mi tío el Orejón
y mi primo Culibiqui
que era el porquero mayor.
Pues señor, verán ustedes:
en aquel colegio atroz

de noche se armaba una...
toditos daban lección,
uno estudiaba el brutín,
peografía: ¡ay santo Dios!
el maestro del colegio
que era don apearor,
cuando llegaba la noche
se sentaba en un sillón
en mitad de la cosina
que parecía un cebon,
y le decía á su gente:
prestarme toó atención
que voy á echar un iscurso
de los de marca mayor;
en esto se meneaba
y daba un peo tan atroz

que lo mismo que un terremoto
el cortijo retembló;
y respondía: he dicho,
mi iscurso se acabó,
y con palmas lo aplaudían
como á un grande orador;
luego sartaba y decía,
muchachos á la lección:
aquí te quiero ver escopeta,
el casero en un rincón
pegaba más trabucazos,
que un carlista en la facción
y otros le respondían
¡catapúm! como un cañón;
uno decía para el méico,
otro decía allá van dos
para el maestro de escuela
que aperciba su sabor;
en fin, de noche y de día
estaba aquel batallón
con las bragas en la mano
dando fuego á discreción
y formaban una niebla
que hasta se eclipsaba el sol.
Yo que estudié todo aquello
pués nadie me lo retó,
me concretaba más sabio
que hasta el mismo apearo.
Ya que era un sanquilaro
un día que estaba yó
en los serros de la Alcusa
que están frente al Torrejón,
cuando veo venir mi tío.
y dijo: escucha Simón
haz de saber que esta tarde
antes que se ponga el sol
tienes que marchar á Écija
que mañana es la ecerción
y te tendrán que meir
como el lienzo de un jergón;
entonces me fuí á el cortijo
y me dice el apearo:
escucha, si te preguntan
que cual es tu profesión
dices que eres colegial
del cortijo del Torrejón,
y verás si te veneran
como si fueras un Dios;
á el momento me marché
corriendo más que un Tejón

y pasé por Benabiés
antes que clavara el sol
y en la calle de Camproneras
al entrar me sujetó
un hombre con un bigote
y en la mano un aguijón
y me dice: qué se trae?
Yo le dije, á la ecerción;
me registró los bolsillos
y le dije: so ladrón
miste que soy colegial
del cortijo del Torrejón,
y como llegue á dar parte
lo meterán en prisión;
en fin, corté á la Victoria,
luego pasé un arroyón
que tiene unas barandillas
que parecía un barcón,
tomé por la calle Ancha
y salí á un plazoletón
que tiene un montón de árboles
y enmedio hay un pilón
rebosandito de agua;
yo me pegué un atracón
que me puse reventando
y ancho como un tinaón
tomé la calle Carrera
hasta la calle del Relój,
que era donde yo vivía
número cuarenta y dos;
cuando yo llamé á la puerta
¡qué alegría santo Dios!
mis hermanas me abrazaban
y yo como tunantón
les pegaba unos besotes
que me sabían á melón
y mi madre me decía:
que gordo vienes Simón,
qué blanco y qué colorao;
yo le decía: á la ecerción.
De allí á un rato me vestí
y me puse viva el sol
más gallardo y más tunante
con mis botas de tacón,
mi sombrero de medio lao
y un puro como un bastón;
en fin, que estaba un tunante
de los de marca mayor;
salí á dar un paseo
y llegué á la Concepción

y entré en calle Sacanes
que dá vista á un amorrón
y al pasar por una puerta
á la vera de un farol,
vide tres jembras en ella
más hermosotas que el sol,
cuando me dicen: escucha,
ven acá, so picarón,
te pasabas sin entrar?
entra dentro del portón;
yo le pregunté: quién eres?
y me dicen, so guazón
no me conoces? tu prima;
mira si estás guapetón:
en fin, que me colé dentro
y cerraron el portón;
una me daba pelliscos,
la otra un arrempujón
y se decían: qué hermoso!
de esta vez el pez cayó;
y yo me echaba á reir
y decía, á la ecerción;
me quitaron el sombrero,
el chaleco, el pantalón,
las medias y la camisa;
yo le dije: por favor
dejarme, soy colegial
del cortijo del Torrejón;
me dejaron en pelota
más pelao que un melón,
yo llenito de vergüenza
me acurruqué en un rincón
y al cabo de poco rato
un hombre se presentó
y me traía en las manos
un colossal masetón,
y soltándolo en el suelo
de esta manera me habló:
amigo, usted se ha colao
sin decir jarre ni so
y por ser enamorao
va á pagar su indiscreción;
y entonces una de aquellas
le largó un gran escobón,
y metiendo en el barreño
me sortó tal chaparrón,
que de pies á la cabeza
todito me cobijó;
y antes que yo le hablara
me soltó tal pescozón,

y tan fuerte escobonazo,
que el cuerpo me lo arañó:
yo le pedí por el casero,
y por mi tío el Orejón,
por el yegüero y el guarda
y hasta por el aperaor;
pero no me hizo caso,
porque su marcha siguió,
y me puso de inmundicia
que jedía ¡santo Dios!
más que catorce comunes
echaba yo de vapor;
pero viéndome perdido
me arranqué para el portón,
y le di tal embestida
que el cerrojo se partió;
cuando yo salí á la calle
ya no había farol,
y á la pared de enfrente
le pegué tal empujón,
que le hice un agujero,
y la casa se cayó;
á el ruio se asomaron,
y decían, toma ecerción,
por enamorado y tuno
el demonio del guasón:
la noche estaba muy oscura,
y daba cá trompezón,
con las ventanas y esquinas,
que digo, sin confusión,
que mi cuerpo lo llevaba
hecho todo un esollón.
Luego me encontré un sereno
allá en la calle Mayor,
y me preguntó ¿quién va?
yo le dije, á la ecerción,
y se vino para mí,
y me dió tal pescozón
que caí en medio de un caño,
y me dice: so guasón,
para que sepas hablarle
á la autoridad mejor;
yo dije, soy colegial
del cortijo del Torrejón,
y se vino para mí,
y arrimándome el farol
me preguntó: ¿dónde vives?
yo en la calle del Reloj:
Pues levántate corriendo,
date prisa, mantesón,

y me cojió por delante
como quien lleva un cebón;
y en la calle del Salto
al revolver me paró,
y me dijo: márchate
pronto, que te vea yo,
y agradece, so mantés,
que no te meto en prisión,
porque eres muy inocente,
y más tonto que Ramón.
Arranqué como un cartero,
pues llevaba una calor,
que con los dientes y muelas
focaba más que un tambor;
cuando yo llegué á mi casa,
agarrando el aldabón,
pegué tal aldabonazo
que el eco me contestó,
pues muy bien quizás vendría
de la plaza del Salón;
en fin, que me abrió mi madre,

y arrimándome el belón,
se le cayó de las manos,
y gritó: ¡Jesús, Simón!
¿quién te ha puesto de este modo,
que estás hecho una visión?
Entonces le tuve contando
todo lo que me pasó,
y pillando un estropajo
y de agua un macetón,
estuvo empleada en mí
hasta bien salido el sol;
luego después me acosté,
y dormí más que un lirón;
y á la tarde me midieron,
cuando fuí á la ecerción:
con que ya saben ustedes
todo lo que me pasó:
perdonad las muchas faltas
que tiene ésta relación.

JUAN MARTÍN GONZÁLEZ.

Esta relación es propiedad de su autor y nadie podrá reimprimirla sin su consentimiento.

JUAN MARTIN GONZALEZ